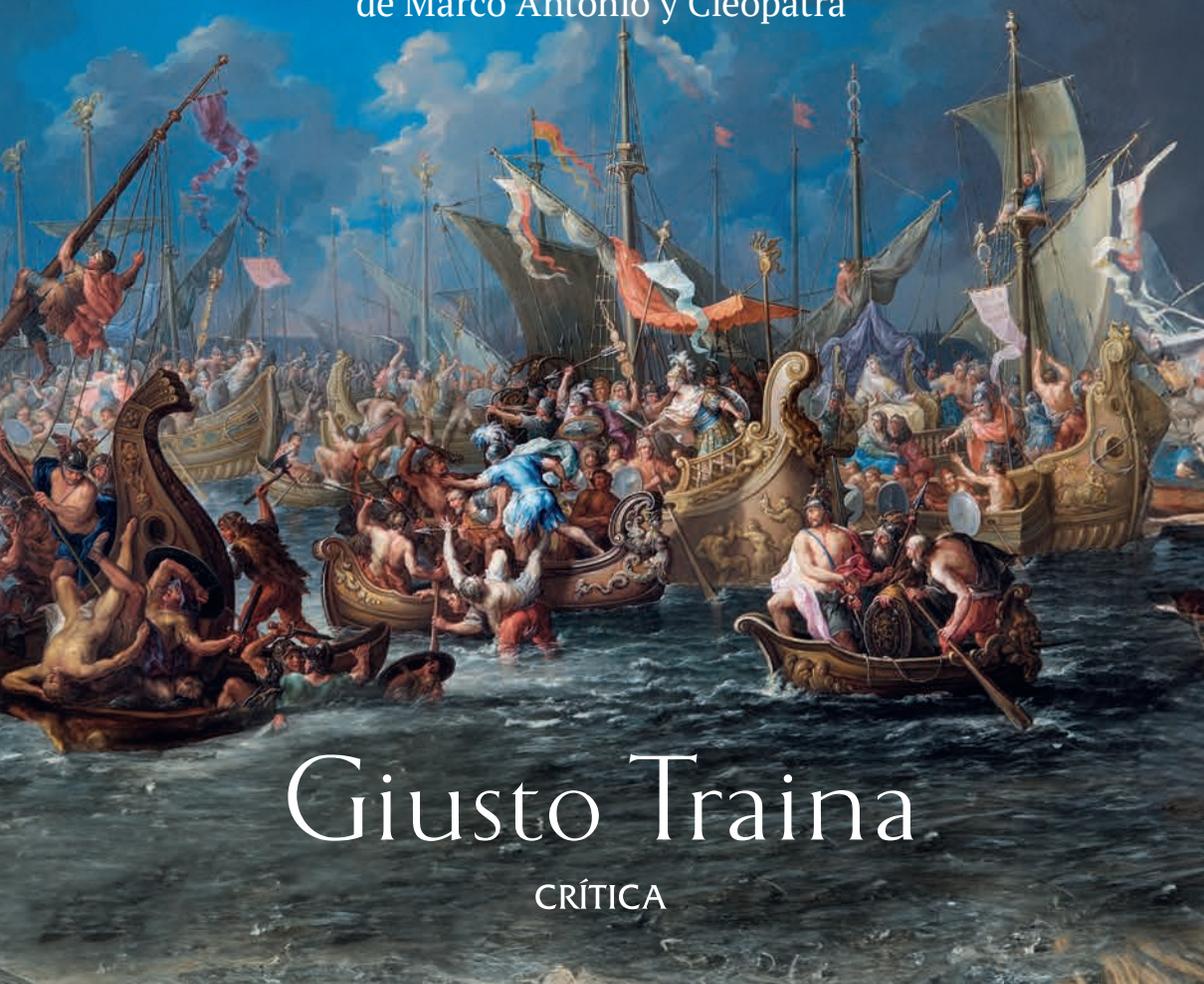


LA GUERRA MUNDIAL DE LOS ROMANOS

Del asesinato de Julio César a la muerte
de Marco Antonio y Cleopatra



Giusto Traina

CRÍTICA

Giusto Traina

La guerra mundial de los romanos

Del asesinato de Julio César a la muerte
de Marco Antonio y Cleopatra
(44-30 a. C.)



Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2024

La guerra mundial de los romanos

Del asesinato de Julio César a la muerte de Marco Antonio y Cleopatra

Giusto Traina

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *La guerre mondiale des Romains. De l'assassinat de César à la mort d'Antoine et Cléopâtre (44-30 av. J.-C.)*

© Librairie Arthème Fayard, 2022

© de la traducción, Silvia Furió, 2024

Cartografía: Philippe Paraire

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-672-9

Depósito legal: B. 12.387-2024

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



¿Apolo contra Dioniso?

La muerte de César interrumpió también sus proyectos de poner al día el inventario geográfico del mundo. Como el excelente estratega que era, conocía el valor de los conocimientos, pues basta recordar el célebre inicio de *La guerra de las Galias* con la descripción de las «tres partes» de la Galia. Para controlar el mundo uno ya no podía contentarse con las informaciones literarias a menudo obsoletas, excepto para alimentar la propaganda. Por consiguiente, a comienzos del año 44, César había encargado a cuatro sabios griegos, elegidos por su erudición, que redactasen una descripción del mundo conocido: Nicodemo, Dídimo, Teodoto y Políclito. El dictador había confiado a cada uno de ellos una de las cuatro partes del mundo: Nicodemo se ocupaba de Oriente, Dídimo de Occidente, Teodoto del Septentrión y Políclito del Sur.¹

La exploración del mundo iba pues a desmarcarse del modelo dominante de la partición en tres continentes, correspondiente al sistema de Eratóstenes, que recordaba los tres triunfos de Pompeyo: en el año 79 en África, en el 71 en Hispania y el último, el más espectacular, en Oriente en el 61. En esta ocasión, se hizo hincapié en que era el primer romano que había logrado victorias en los tres continentes.² No obstante, el que había sido su rival, César, con su cuádruple triunfo en el año 46 (la Galia, el Ponto, África y Egipto) y el de Hispania en el 45, podía con razón vanagloriarse de haber triunfado en las cuatro partes del mundo.

Este mismo patrón vuelve a aparecer un siglo después en la primera geografía escrita en latín, *De Chorographia*, de Pomponio Mela, un hispano nacido en el estrecho de Gibraltar.

La historia de los cuatro sabios, que tuvo cierta notoriedad en la Edad Media, no ha dejado de suscitar la perplejidad de los sabios modernos. Para algunos, no es más que una narración ficticia; para otros, se trata de simples tareas catastrales. No obstante, convendría no descartar la posibilidad de que hubiese en ella un fondo de verdad histórica, pues concuerda ampliamente con el espíritu visionario de César. Es muy probable que, al igual que otros proyectos, la delimitación de las cuatro partes del mundo contemplara una empresa coherente a escala del *oikoumenē*, que, sin embargo, no se podía concebir para el conjunto de los territorios, especialmente fuera de las provincias y los reinos aliados de Roma. Se inscribe también perfectamente en el desarrollo de una cultura científica en Roma durante este período. Confundidos por las tradiciones griegas que imputaban a César la destrucción de la Biblioteca de Alejandría en el año 46 a. C., hemos perdido de vista la importancia de los progresos científicos de aquella época.

No todos los romanos compartían la misma sensibilidad. El gran sabio Varrón, en su tratado sobre agricultura en forma de diálogo (que terminó en el año 37 a. C., a los veinticuatro años de edad), se divierte representando el chovinismo un poco caricaturesco que caracteriza las declaraciones de sus contemporáneos. El inicio del diálogo escenifica al senador Fundanio, suegro de Varrón, y a los caballeros C. Agrio y P. Agrasio. Estos hombres se encuentran en las *Carinae*, el barrio distinguido en el que vivían Pompeyo y Cicerón. En el célebre templo de Tellus, contemplan una imagen de Italia expuesta en una de las paredes. Estamos probablemente en torno al año 54 a. C., en el momento de la renovación del edificio bajo la supervisión de Cicerón.³ Esta representación, que no era necesariamente un mapa, sirve de inspiración para los personajes de Varrón, que, evocando la ciencia geográfica helenística, observan que los territorios europeos son más favora-

bles al cultivo de los campos que los territorios asiáticos y meridionales, por no hablar de los territorios de la Europa del Norte con sus «inviernos permanentes». ⁴ La conclusión era evidente: Italia era el paraíso de los agricultores. ⁵

Este chovinismo que Varrón presenta con un toque de ironía se parece mucho a una cierta forma de resiliencia: el territorio italiano había sufrido las devastaciones de la guerra social de entre los años 91 y 89 a.C., de otras guerras civiles y de la guerra servil entre los años 73 y 71, cuando Espartaco, un guerrero de origen tracio convertido en esclavo, mantuvo en jaque a los romanos con un ejército de esclavos y de marginados. No obstante, no hay que considerar estas palabras como prejuicios simplistas de patriotas ignorantes que jamás han salido de Italia. Al contrario, y a pesar de que sus nociones de geografía parezcan superficiales, habían viajado a ultramar. Lo evidencia la pregunta de Agrasio a sus amigos: «Vosotros que habéis recorrido tantos países, ¿habéis visto alguno mejor cultivado que Italia?». Agrio y Fundanio responden que no, y a continuación se detienen a valorar la superioridad del territorio italiano en comparación con los países que han conocido directamente; tal era el caso de Varrón, que, antes de consagrar su vejez al estudio, había servido a su patria en Hispania (junto a Pompeyo y contra César) y en el mar Egeo. Sin duda se sirvió de estas experiencias en sus tratados de geografía, desgraciadamente perdidos, así como de las indicaciones recogidas durante las campañas de los grandes generales como Pompeyo en Oriente o César en las Galias, en Britania y en Germania, y transmitidas bien directamente (como en los *Comentarios* de César), bien por medio de escritos de eruditos de su séquito.

Sea como fuere, César era perfectamente consciente del peligro que entrañaba la falta de información. La arrogancia de los protagonistas del diálogo de Varrón revelaba el punto débil de los conquistadores romanos: la infravaloración de los adversarios y la ignorancia de su entorno y costumbres. Los errores tácticos que hicieron sucumbir a Craso en el año 53 procedían de un sis-

tema de información ineficaz que había alimentado la convicción de que se luchaba contra enemigos fáciles de batir. Los exploradores (*exploratores*) y los espías (*speculatores*) de César formaban probablemente una red de extraordinaria calidad, pero esto no era suficiente. Los proyectos ambiciosos a escala mundial requerían conocimientos más sólidos: el fracaso de César en la isla de Britania fue en gran parte resultado de informaciones limitadas.

¿Cumplieron su misión los sabios nombrados por César y obtuvieron nuevas informaciones de interés militar? Conforme a la tradición, el trabajo de estos sabios (y de sus ayudantes) concluyó definitivamente bajo Augusto. Por consiguiente, habrían actuado durante todo el período de la última guerra civil, e incluso más tarde. En cualquier caso, cuando César sucumbió a las puñaladas de los conjurados, no hubo tiempo para pensar en esto durante algunos meses. El día de los idus de marzo, el joven Octavio se encontraba en Apolonia de Iliria, al otro lado del mar Jónico, adonde el dictador lo había enviado «para su educación».⁶ Desde hacía ya unos cuarenta años, se consideraba muy aconsejable que los jóvenes romanos realizasen estudios en Grecia. Durante la primera mitad de la década de los años 70 a. C., Cicerón y César habían estudiado en Rodas, donde habían seguido las enseñanzas del gran retórico Apolonio Molón. Una generación después, el futuro cesaricida C. Casio Longino estudió en Rodas, mientras que M. Junio Bruto, el otro jefe carismático del complot, prefirió Atenas. Por su parte, Pompeyo ofreció a sus hijos Gneo y Sexto un maestro particular procedente de la provincia de Asia, Aristodemo de Nisa.⁷ Sin embargo, a pesar de su pasado ilustre, que según sus habitantes se remontaba hasta la guerra de Troya, la ciudad de Apolonia no era en absoluto un núcleo cultural de renombre: para Cicerón, se trataba de una ciudad «grande y [militarmente] bien equipada».⁸ Algunos de los que ejercían de maestros locales no dejaban de admirar el talento del joven romano,⁹ pero Octavio había llegado de Roma con su profesor, el filósofo Apolodoro de Pérgamo. Dos jóvenes condiscípulos se encontraban junto a él: Quinto Salvidieno Rufo y

Marco Agripa, que pronto lo seguirían en sus campañas militares.¹⁰

No obstante, en el plano cultural, Apolonia no estaba en grado de rivalizar con Atenas, donde, en la misma época, dos jóvenes realizaban sus estudios: el poeta Horacio y Marco Tulio Cicerón, hijo del gran Cicerón. A los veinte años, el joven Marco había partido, en marzo del 45 a.C., hacia Atenas para estudiar con Cratipo de Pérgamo, un filósofo peripatético que había obtenido la ciudadanía romana, que César le había concedido a petición de su protector Cicerón.¹¹ Este último había también convencido a las autoridades atenienses para que le permitiesen instalarse en su casa.¹² Durante algún tiempo, Marco hijo siguió además los cursos de un profesor de retórica, Gorgias, que se reveló un maestro en libertinaje. Cicerón había depositado grandes esperanzas en este hijo al que había dedicado su tratado *Sobre los deberes*, terminado a finales del 44. Marco trabajaba su griego, pero habría preferido una vida de acción; de muy joven había combatido en Farsalia, en el bando de Pompeyo, y después de la victoria de César esperaba unirse al dictador en Hispania.¹³ Tras invertir una importante suma, el padre prefirió alejar a su hijo aventurero de los peligros de Roma.

Aunque Apolonia no fuese famosa por sus profesores, por lo menos podía vanagloriarse de una excelente posición estratégica. Esta ciudad, situada en un territorio pantanoso en el límite entre el mar Adriático y el mar Jónico, era uno de los puntos de partida de la *via Egnatia*, la gran ruta militar que unía el Adriático con Tesalónica, construida por el gobernador de Macedonia C. Egnatius en la segunda mitad del siglo II: uno de los centros estratégicos de los Balcanes, donde se desarrollaron batallas decisivas. Aunque en esta época no se puede hablar de una provincia de Ilírico, se habían previsto mandos militares asimilables a proconsulados.¹⁴

Durante la guerra civil entre César y Pompeyo, los ciudadanos de Apolonia habían elegido el bando de los cesarianos y reforzado el prestigio de la ciudad respecto a su rival Dirraquio

(Durrës). No era gran cosa como centro intelectual, pero sí el enclave ideal para reunir a las tropas procedentes del puerto de *Brundisium* (Bríndisi). De hecho, la «estancia de estudios» de Octavio no fue más que un interludio en la espera de la llegada de César para la expedición contra los dacios y después contra los partos. Tan solo estuvo en Apolonia tres meses. Tuvo que regresar a Roma ante el anuncio del cesaricidio. De todos modos, no habría permanecido mucho tiempo, porque desde el mes de enero, el ejército que César había enviado a Macedonia ya se encontraba sobre el terreno bajo el mando del legado M. Acilio Canino.¹⁵ El procónsul de Macedonia era Q. Hortensio, hijo del gran orador celebrado por Cicerón, mientras que Iliria estaba controlada por P. Vatinio, un veterano de las Galias y de la guerra contra Pompeyo, al que César había confiado las operaciones contra los dálmatas. Había sido un antiguo partidario de César, pero ahora Vatinio ya no lo llevaba en el corazón: a finales de enero del año 44, desde su base operativa de *Narona*, manifestaba a Cicerón su descontento ante la negativa del dictador a concederle un triunfo pese a sus esfuerzos.¹⁶

Durante su estancia en Apolonia, Octavio expresó su deseo de conocer su carta astral, una práctica bastante popular entre los aristócratas romanos. Justo después de los idus de marzo, Cicerón había publicado su tratado *Sobre la adivinación*, en el que criticaba, entre otros, a los astrólogos que pretendían leer el futuro de un individuo basándose en los movimientos de los astros.¹⁷ Estos sabios mezclaban varios tipos de conocimientos, que se incorporaban a la tradicional *disciplina* de los etruscos.¹⁸ En adelante llamaría «caldeos» (babilonios) a todos los astrólogos extranjeros, por ejemplo, a los egipcios, puesto que la sabiduría bárbara se presentaba como una mezcla exótica. Por otro lado, la infancia de Octavio estuvo marcada por los horóscopos: a su nacimiento, el senador P. Nigidio Fígulo, un gran sabio que introdujo en Roma la astrología de los «caldeos», predijo que el niño se convertiría en señor del mundo. Poco después, con ocasión de

las operaciones contra los besos de Tracia, su padre, C. Octavio (gobernador de Macedonia en el año 60), había consultado unos «oráculos bárbaros» en el «bosque sagrado Liber pater», sin duda el santuario Perperikon en la Bulgaria meridional, vinculado probablemente al culto de Zagreo, y que los griegos atribuían a Dioniso.¹⁹

Para su horóscopo, Octavio se dirigió a un astrólogo local, a un tal Teógenes. Acompañado de Agripa, Octavio acudió a su observatorio. Teógenes elaboró el horóscopo de ambos jóvenes, sin duda con un astrolabio. Agripa recibió «predicciones magníficas y casi increíbles», pero cuando le llegó el turno a Octavio, el astrólogo se prosternó ante el joven.²⁰ No cabe duda de que esta historia se elaboró con posteridad (quizás en torno al año 11 d.C., cuando Augusto hizo publicar su horóscopo). Sea como fuere, Apolonia fue el punto de partida de su largo recorrido hacia el poder.

La noticia de la muerte de César la trajo un liberto enviado por Atia, la madre de Octavio. El joven y sus amigos estaban a punto de cenar. Los habitantes de Apolonia, que todavía no estaban al corriente, habían intuido, sin embargo, que algo grave acababa de ocurrir y acudieron a Octavio.²¹ Los notables le rogaron que se tomase su tiempo y que permaneciese en la ciudad amiga a la espera de nuevos acontecimientos. En cambio, Agripa y Salvidieno Rufo le propusieron que se dirigiera a Roma al frente de un ejército de veteranos.²² Los soldados de las campañas de César, decenas de miles de hombres, representaban efectivamente un problema social: César había evitado fundar demasiadas colonias militares, porque prefería diseminar a los veteranos por toda Italia y las islas del mar Tirreno, con la fundación de la colonia de *Turrus Libisonis* (Porto Torres) en Cerdeña. Por otro lado, César había seguido enrolando soldados hasta el 46 a. C.: el problema se planteó en el momento de su victoria final y, de hecho, no se resolvió. Al mismo tiempo, había otorgado la ciudadanía romana a varios provinciales con el objetivo de ampliar y fortificar el círculo de ciudadanos romanos. Su intención, con el

establecimiento de tantos soldados, era promover una cierta uniformidad en la administración de los municipios, gracias al mestizaje de la población, que permitía reconstituir las instituciones municipales.

Con la perspectiva de recuperar el carisma de su padre adoptivo, Octavio partió hacia Italia, donde encontró a hombres dispuestos a seguirlo. Evocará esta decisión justo al inicio de su testamento político, un texto que los modernos denominan sus *Res gestae*: «A los diecinueve años de edad alcé, por decisión personal y a mis expensas, un ejército que me permitió devolver la libertad a la República, oprimida por el dominio de una facción tiránica».²³ Antes de retomar los proyectos de César, había que asegurar, en primer lugar, un ejército (privado), pero también una base consolidada en el centro del poder romano. Concluido el período de estudios, despidió a su maestro Apolodoro y renunció a aprender correctamente el griego.²⁴

Entretanto, los cesaricidas Bruto y Casio habían obtenido una «amnistía» (en griego *amnēstia*, «olvido»), promulgada por el cónsul Marco Antonio para evitar el peligro de una guerra civil. Esta medida, cuya paternidad reclamaba Cicerón, se inspiraba en «el antiguo ejemplo de los atenienses», cuando los restauradores de la democracia, en el año 403, obligaron a todos los ciudadanos a jurar solemnemente que «olvidarían las desgracias», es decir, que aceptarían la reconciliación política mediante una amnistía general.²⁵ Evidentemente, Antonio había propuesto la amnistía a cambio de una serie de medidas jurídicas que le beneficiaban. Bajo la amenaza de la reacción del pueblo y de los veteranos, los senadores tuvieron que ratificar las «actas de César», que, en previsión de una larga ausencia, había ya asignado las magistraturas, los sacerdocios, los gobiernos de provincias y los mandos militares para los cinco años siguientes. Marco Antonio podía contar con el apoyo de un gran número de senadores, en particular con los miembros cooptados o rehabilitados por César para ampliar la asamblea. Desde el inicio, tuvo que evaluar el contexto político y comprendió que la «libertad» invocada por

los conjurados constituía ahora un valor que incumbía esencialmente a los aristócratas. Además, supo mantener las relaciones con el ejército, que de algún modo se sentía huérfano de César y que le atribuyó, por aclamación, su primer título de *imperator* (general victorioso). En cuanto a los senadores conservadores, su autoridad quedaba limitada, porque temían los poderes consulares de Marco Antonio.

Bruto y Casio se alejaron de Roma. El 5 de junio del año 44, el Senado les encargó que se ocupasen del abastecimiento de la ciudad: Casio, antes pretor peregrino (encargado de los procedimientos jurídicos con los extranjeros), tuvo que partir hacia Sicilia; Bruto, que había tenido que ceder el cargo de pretor urbano a Cayo Antonio (hermano menor de Marco Antonio), sería enviado a la provincia de Asia. Casio, que tenía cuarenta y tres años cuando alzó su puñal contra César, reivindicaba un pasado de guerrero experimentado. Había sido cuestor en el ejército, había sobrevivido al desastre de Carras y durante dos años había estado organizando la defensa de Siria y sofocado, entre otras, una insurrección en Judea.²⁶ En el año 51 alejó a los partos, que habían llegado a las puertas de Antioquía, con el joven príncipe Pacoro al frente: aplastó al ejército del general parto Osaces (Vasak), gracias a una estratagema que le valió figurar en el compendio de soluciones militares de Frontino.²⁷ Cicerón, que en aquella época era procónsul de la vecina Cilicia y que había realizado operaciones militares en la frontera con Siria, nos informa de que Osaces resultó gravemente herido y murió pocos días después.²⁸ Sin duda, Casio reaccionó con vehemencia ante la perspectiva de velar literalmente por el grano en una provincia.²⁹ Consideraba que esta medida era un ultraje, porque él era un guerrero y se veía a sí mismo como un héroe de la República.

Bruto, dos años menor que Casio, tenía una actitud mucho menos marcial (se impone una precisión. Aunque César, mientras estaba siendo apuñalado, le dijera en griego: «¿También tú, hijo mío?», no era su padre. Sin embargo, sentía por él un gran afecto, sobre todo porque mantenía una relación amorosa con su

madre, Servilia, cuando Bruto era ya adolescente). En el 53, Bruto había sido cuestor en Cilicia, donde se había distinguido por operaciones económicas un tanto informales; en el 48, había combatido en Farsalia bajo el mando de Pompeyo, pero tras la derrota había obtenido el perdón de César. En el 47, había acompañado a César en sus campañas diplomáticas en Asia y, en el 46, había gobernado la Galia Cisalpina. Finalmente, en el 44, Bruto y Casio obtuvieron provincias: el primero consiguió Creta, con el título de procónsul, el segundo la Cirenaica.

En resumen, Octavio no estaba preparado para recoger el legado político de César. Pese a que el objetivo principal era vengar la muerte del dictador, también había que neutralizar a los potenciales rivales, empezando por el cónsul Marco Antonio, que había sabido aprovechar la oportunidad del funeral del dictador al que Octavio no había podido asistir. Sin embargo, poco importaba, porque el testamento de César ya se había abierto y los romanos habían sido informados de que el dictador lo había adoptado y le había legado gran parte de su patrimonio. Pero la situación se transformaba, y con razón. El carisma de Marco Antonio dependía sobre todo de su gestión de la herencia de César. Ahora bien, la entrada en escena del joven lo trastocó todo. No solo reclamó la herencia de su padre, sino que estaba dispuesto a rebajar el papel del cónsul. Al principio, Antonio trató de obstaculizar y reprimir los intentos de Octavio, que, por medio de espectáculos y repartos de dinero, procuraba hacerse con los favores del pueblo. Retrasó las operaciones testamentarias que habrían permitido a este último repartir el patrimonio tan codiciado. Además, conservó los documentos del dictador como si tuviera intención de hacerse pasar por el verdadero sucesor de César.

Los astros ayudaron una vez más, o mejor, un astro. El joven al que ya comenzaban a llamar «César» se aprovechó de una nueva señal celeste: el paso de un cometa particularmente brillante llamado «astro juliano» (*sidus Iulium*), que en los años sucesivos desempeñaría un importante papel en la propaganda. El cometa fue avistado entre el 23 y el 24 de julio, con ocasión de

los *Ludi Victoriae Caesaris*, unos juegos privados instituidos por Julio César, que el joven César había transformado en juegos funerarios; esto permitió sin duda hacer que el pueblo olvidase el recuerdo de los prodigios negativos que habían marcado el último mes de vida del dictador.

En general, los cometas se percibían como señales negativas; Plinio el Viejo afirma que «son astros llenos de presagios funestos, y que no se contentan con expiaciones ligeras».³⁰ En el caso de este mes de julio, la cuestión era más compleja. El *sidus Iulium*, representado en varias ocasiones en las monedas, simbolizaba la realeza cósmica de Julio César, a semejanza de los reyes helenísticos; hacía algún tiempo, a pesar de las tradiciones iraníes, los reyes Mitrídates VI del Ponto y Tigranes de Armenia habían representado, asimismo, cometas en sus monedas.

Dejemos de lado estas historias de astros y dejemos de llamar «Octavio» al futuro Augusto, que se convirtió en *Caius Iulius Caesar Octavianus*. Es verdad que no le gustaba este último *cognomen*, que recordaba sus orígenes. Pese a ello, nosotros le llamaremos Octaviano para evitar la confusión con Julio César. En Roma, valiéndose de sus prerrogativas de cónsul, Marco Antonio había conseguido controlar la situación, pero, a pesar de la voluntad de restablecer la *concordia*, desencadenó un clima de terror. Por más que los romanos estuviesen habituados a la arrogancia de los poderosos, la del cónsul era excesiva. Un adversario encarnizado como Cicerón, que tuvo que abandonar la ciudad provisionalmente, hablaba de *immanitas* (brutalidad).³¹ Esta iba acompañada de manifestaciones que escandalizaban a los conservadores. Cicerón recordaba así la época de la dictadura de César, cuando Marco Antonio se desplazaba por Italia en un *essedum*, un carro de guerra galo, junto a su amante Volumnia Citeride, una actriz liberta.³²

Mientras Antonio recomponía el cuadro de asignaciones de las provincias y afirmaba con ostentación su propio *imperium* consular, su escolta armada se apostaba cerca de los lugares de reunión del Senado para influir en los presentes y en el escrutí-

nio. Su guardia, dirigida por lugartenientes de triste reputación, estaba compuesta únicamente por centuriones experimentados y en sus filas había incluso un escuadrón de arqueros itureos, guerreros temibles originarios de una región entre el Líbano y el Anilíbano a los que Cicerón, escandalizado por su presencia en el Foro, definía como miembros de «los más bárbaros de todos los pueblos».³³

Bajo la República, este exotismo militar no era infrecuente: las casas y los trofeos de los comandantes victoriosos estaban adornados con «armas bárbaras». Pero el exotismo de Marco Antonio no terminaba allí. Con ocasión de un banquete, ordenó que unos esclavos públicos azotasen con acciones de cuero a su hombre de confianza, el senador L. Vario.³⁴ Lo que Cicerón consideraba una manifestación de brutalidad de Antonio para con sus compañeros de desenfreno (puesto que se trataba de un suplicio reservado, bien a los soldados indignos, bien a los esclavos o, a lo sumo, a los malos alumnos) era, en realidad, una especie de ritual oriental. Efectivamente, se pensaba que, en el país de los partos, los «amigos del rey» no tenían derecho a participar en los banquetes y tenían que sentarse como perros junto al soberano, que, a menudo, decidía hacer que los azotasen: el desdichado cortesano, empapado en su propia sangre, tenía, pese a todo, que venerar a su rey como un benefactor.³⁵

A ojos de Posidonio, el intelectual amigo de Pompeyo que había relatado esta costumbre bárbara en sus *Historias*, esta práctica solo podía tener una connotación negativa, en contraste con los «amigos» que los reyes helenísticos trataban con todos los honores. Los lectores romanos, que odiaban a los partos por razones evidentes, solo podían considerarla una manifestación de despotismo oriental. Sin embargo, Antonio no era el único «orientalista» de su generación. Un representante de Roma que quisiera gobernar el Oriente tenía que aplicar reglas diferentes de las de los sistemas de gobierno de tradición griega o romana. La amenaza parta había provocado de nuevo inestabilidad en el equilibrio fijado por Pompeyo y había que establecer una rela-

ción menos unilateral. César había comprendido perfectamente esta exigencia y Antonio no hizo más que seguir su política y prolongarla.

Cicerón no veía o, más probablemente, no quería ver el verdadero significado de esta práctica. La comparación entre los pasajes de las *Filípicas* (los discursos vehementes que Cicerón pronunció contra Antonio a partir del 2 de septiembre del año 44)³⁶ y el fragmento de Posidono muestra que Vario había sido fustigado en el transcurso de una especie de reinterpretación que Marco Antonio hacía de una costumbre iraní, o por lo menos de lo que los romanos consideraban como tal basándose en el relato de Posidonio. Sin embargo, al final de la República, no todos los romanos captaban este tipo de alusiones. Se trataba más bien de un código para iniciados relacionado con la intensa actividad de simposios que Antonio, con sus camaradas, había integrado en su programa ideológico. Sin duda este fue el caso de Vario, al que le impusieron el elocuente sobrenombre de *Cotyla*, «bocal». Por consiguiente, hay que considerar estos aspectos como parte de la ideología de Antonio en lugar de minimizarlos reduciendo la fustigación de Vario a nivel de broma entre compañeros de juerga. No obstante, esta interpretación banal de los banquetes de Marco Antonio relativiza los argumentos sesgados de Cicerón, que se complacía describiendo a los senadores que apoyaban a Antonio como subalternos sin dignidad y a su jefe como un borracho entregado a una depravación desenfrenada. Estas extravagancias formaban parte del gusto de Antonio por el exotismo, compartido por otros romanos.

Por otro lado, los banquetes aristocráticos representaban un aspecto fundamental en la sociedad de finales de la República. En ellos se tejían redes de clientelismo y de relaciones transversales en un ambiente de gusto y cultura comunes. Los gastos considerables que ocasionaban, y para los que el cónsul podía a veces recurrir a los fondos públicos, servían para acrecentar su popularidad. Los diversos amigos y pedigüños se presentaban en la zona «pública» de su casa, la sala de recepción en la que la

dueña de la casa, su mujer, Fulvia (viuda de los políticos Clodio y Curión), ejercía también su influencia. Así se decidían importantes asuntos de Estado. Fue especialmente en presencia de Fulvia cuando, mediante el pago de diez millones de sestercios, los embajadores de Galacia consiguieron la restitución de las posesiones del rey Deyótaro (¿Deiotarix?), el «tetrarca» de la tribu de los tolistoboges. Acusado por otro príncipe gálata de haber urdido un complot para matar a César, tuvo que trasladarse a Roma para el proceso. Defendido por Cicerón, que lo conocía desde su proconsulado en Cilicia en los años 51/50, Deyótaro no fue condenado, pero César le arrebató Armenia menor y una parte de Galacia, que fueron adjudicadas respectivamente a Ariobarzanes III de Capadocia y a Mitrídates de Pérgamo.

Antonio restableció el poder de Deyótaro recurriendo a los mapas de César que había conservado, sin duda falsificados, con el pretexto de que una *lex Iulia* le autorizaba a reocupar sus territorios. El cónsul recibió a cambio una suma descomunal que le permitió pagar sus antiguas deudas. Cicerón protestó porque esta concesión había pasado por manos de Fulvia como intermediaria y trató de desacreditar al rey asegurando que él había decidido ocupar militarmente estos territorios.³⁷

Antonio era un buen conocedor de Oriente y había comprendido el papel central que Galacia representaba para la política romana. De hecho, Deyótaro había generado importantes progresos en la región. Con el fin de reemplazar, no sin dificultades, el sistema tribal de los celtas de Asia por una monarquía helenística, había recurrido a los aspectos de la cultura griega, como la arquitectura, y al modelo militar de Roma: treinta unidades de su ejército estaban armadas como las cohortes romanas.³⁸ En el 54, cuando el ejército de Craso se detuvo en Galacia, el general encontró al rey ocupado en la construcción de una nueva «ciudad» (quizás la fortaleza de *Peium*, destinada a albergar el tesoro real). No se trataba de un helenismo de fachada, puesto que, además, el sabio Diófanes de Nicea le había dedicado su compendio en seis libros de la traducción griega del manual de agricultura del

cartaginés Magón (el original estaba en lengua púnica).³⁹ Y Cicerón, con ocasión del proceso, no dejó de exaltar sus cualidades de administrador presentándolo como un «excelente *pater familias*, agricultor y pastor muy concienzudo»:⁴⁰ en otras palabras, un hombre providencial para su reino.

Precisamente en este clima favorable, Antonio intentó aumentar su peso militar apoderándose del ejército acantonado en Macedonia, enviado por César, que todavía seguía cerca de Apolonia. Las seis legiones y los demás auxiliares formaban un cuerpo expedicionario más que respetable: entre la «gran cantidad de otros soldados», es decir, la masa de auxiliares, Apiano enumera la infantería ligera, los arqueros (indispensables para hacer frente a los partos) y los gimnetas, aquellos guerreros originarios de las islas Gimnesias (en la actualidad, las Baleares), famosos por su habilidad en el lanzamiento de proyectiles con honda.⁴¹ Se decía que los dacios, al enterarse de la muerte de César, se aprestaban a arrasar Macedonia. Cornelio Dolabela, antiguo yerno de Cicerón y rival de Marco Antonio, estaba a cargo de las tropas romanas. Hacia el año 44, los dos cónsules «ordinarios» (que habían accedido al puesto a comienzos de año) eran César y Antonio; en previsión de la partida de César a Oriente, Dolabela había sido nombrado cónsul sufecto (lat. *suffectus*, «sustituto»).

Ahora bien, Antonio, que temía a los veteranos del ejército privado de Octaviano, codiciaba el ejército de Macedonia para utilizarlo en Italia, con el pretexto de que los partos, al menos por el momento, no constituían ninguna amenaza. Pidió al Senado que le permitiese utilizarlos para meter en cintura a los bárbaros en los Balcanes; el Senado se tomó su tiempo y envió expertos a Macedonia para evaluar la situación. Finalmente, Antonio obtuvo el mando de este ejército para el año 43 a. C., pero intercambió el gobierno de Macedonia con el de la Galia Cisalpina.⁴² Macedonia fue asignada a su hermano Cayo Antonio, que salió rumbo a su provincia a finales del año 44, sin duda algunas semanas antes de finalizar su pretura urbana. Entretanto, los comisarios enviados a Macedonia refirieron al Senado que allí no había

dacios, pero que no quedaba excluido que apareciesen cuando el grueso del ejército se hubiera marchado a otro lugar.⁴³ Pese a todo, el Senado había confiado a Marco Antonio el mando de dichas legiones; su hermano tenía una y Dolabela otra para Siria. No obstante, Antonio no consiguió hacerse con las legiones de Macedonia. La comisión senatorial había hecho hincapié en el peligro que representaría una eventual partida de este cuerpo: en los Balcanes, entre Macedonia e Iliria, quedaban siete legiones.⁴⁴

En Italia la situación era cada vez más compleja. Cicerón había empezado a redactar las *Filípicas*. La *Segunda Filípica* era un verdadero manifiesto contra Antonio, es más, una «biografía no autorizada», y, de hecho, una incitación a eliminarlo. Durante el tiempo que pudo, Antonio respondió a los insultos de Cicerón acusándolo de haber sido el principal instigador del asesinato de César. No obstante, la posición del cónsul era cada vez más delicada, pese a haber conseguido el proconsulado de las Galias y conservado el mando de las cuatro legiones acantonadas en Macedonia que había recuperado en *Brundisium*, donde, acompañado de Fulvia, como siempre, tuvo que reprimir con sangre una revuelta de militares y aristócratas locales.

Los años siguientes estuvieron marcados por la incertidumbre de las relaciones entre Marco Antonio y Octaviano. Su oposición respondía en gran medida a su naturaleza. En primer lugar, había una brecha generacional (Marco Antonio tenía unos cuarenta años, mientras que Octaviano solamente diecinueve), y ambos, a su manera, se erigían en herederos de César: uno legítimo y el otro espiritual. También influían sus preferencias religiosas: el antiguo brazo de César se identificaba con Dioniso, dios de la embriaguez y del exceso, mientras que el joven César con el más racional Apolo, y estos dioses parecían regir sus comportamientos. Los dos hombres se distinguían también por su modo de expresarse en público: Octaviano prefería la *gravitas* del estilo retórico «neoatocista», que se había puesto de moda, y no desperdiciaba la ocasión de criticar a Antonio por su estilo ampu-

loso y redundante, propio de la tendencia llamada «asianista», que este había aprendido durante sus estudios en Grecia.⁴⁵

A partir del año 44, Octaviano y Antonio «actuaban totalmente el uno contra el otro, pero sin enfrentarse todavía abiertamente, y aunque en realidad ya habían entrado en guerra, por lo menos se esforzaban por ocultarlo bajo las apariencias». En este pasaje, sacado de Tucídides, los señores de la guerra Octaviano y Antonio se encuentran al mismo nivel que las ciudades de Atenas y Esparta.⁴⁶ El joven César, aprovechando el consenso de la plebe de Roma y de los veteranos, creó su propia red política y reclutó legiones en Samnio y en Etruria. En Roma, para inquietud de Cicerón, había pronunciado un discurso en la asamblea de la plebe, en el que confirmaba su pretensión de obtener los cargos de su padre.⁴⁷

Entre octubre y noviembre empezaron a circular las *Filípicas* entre los ciudadanos influyentes. Poco después, Antonio, que había sufrido la desertión de dos legiones, tuvo que abandonar Roma para pasar el invierno en esta «acrópolis» de Italia que era la Galia Cisalpina. Debía ocupar el puesto del procónsul Décimo Bruto (un antiguo cesariano que había participado en el cesaricidio), y poco después partió hacia su provincia para reclutar tropas y efectuar operaciones militares en los Alpes, donde los soldados lo habían aclamado *imperator*. Por su parte, Décimo Bruto envió un informe al Senado en el que deseaba recibir el honor de la *supplicatio*, una ceremonia oficial en la que se agradece a los dioses la victoria. En una carta enviada a Cicerón a comienzos de otoño, narra sus hazañas contra los indígenas llamados *inalpini*, situados entre el Piamonte y Saboya, y sus operaciones contra «los más belicosos de estos pueblos», con la conquista de varias fortalezas y la devastación del territorio. El objetivo principal de dichas operaciones, escribía, no era la gloria personal: se trataba, ante todo, de entrenar a sus soldados y subirles la moral «para velar por nuestros asuntos», es decir, en previsión de una guerra civil contra Antonio. Cicerón le prometió hacer cuanto estuviera en sus manos para asegurar su dignidad y su gloria.⁴⁸ Paralelamente, es-

tablecía una alianza tan sorprendente como necesaria con el joven hijo adoptivo de César, al que esperaba poder manipular. El 20 de diciembre del año 44 a. C., pidió oficialmente al Senado que declarase a Antonio enemigo público. La asamblea no aprobó la petición, pero anuló las decisiones más importantes tomadas por el cónsul y lo destituyó de toda función para el año siguiente. Era el inicio de una nueva guerra civil, y de la primera guerra entre Apolo y Dioniso.